

historia quieta

Alicia Migdal

El amor es malo para la conversación;
el amor muerto, quiero decir.

Cornell Woolrich

Necesitaba que un hombre la acariciara. Era una exigencia repentina pero que venía de atrás.

Había visto otra película sobre el exterminio de los judíos y cuando llegó a su casa se tendió en la cama, inmóvil. Al día siguiente se despertó con el sopor y el sigilo de las penas nocturnas. Que alguien la toque, se ocupe de revivir su cuerpo. No había deseo de nadie, sólo un llamado instintivo para la conservación de la especie de su cuerpo, millones de veces gaseado y ultrajado, desnudo en el frío de la película. Toda esa muerte junta y solitaria.

En realidad siempre se sentía como si se le hubiera perdido un pensamiento. Una noche, entredormida, había tenido una pequeña revelación, una iluminación breve y restallante que no pudo recuperar al despertarse. Creyó que el pensamiento perdido se convertía, así, por su sola desaparición, en algo que la trascendía, algo importante y definitivo que andaba por ahí sin ella, suelto en el mundo de las sensaciones y las palabras no dichas o desoídas, una leve trascendencia sin destino, sin siquiera ella misma. Así quedaba, también, después de algún encuentro esporádico con él. Algo perdido, recuperado y vuelvo a perder en la cadena del tiempo.

Sin embargo, la mujer conocía bien el mensaje de su propio cuerpo, que restablecía transitoriamente una fidelidad mayor que la de su conciencia o su entresueño. Cuando hacían el amor era con la historia entera de los dos, tercera realidad desprendida como otro tegumento de eso que se llama piel, las pieles. Entonces, frente a él,

ella ya no sabía qué hacer, cómo acariciarlo y que fuera toda acariciada y amasada su carne. Tanto conocimiento y ya no había sido un tejido denso, duro, compacto. Cómo acariciar el interior de su cuerpo, ése era el leve tormento de ella, leve porque apenas podía plantearse en palabras, porque quedaba encerrado en el estupor de querer todo y paralizarse en la caricia insuficiente. Mientras estaban juntos, estaban juntos. Pero nunca completamente, porque nada sojuzgaba las cabezas de la tercera realidad. Qué creían estar haciendo cuando creían apoderarse de un cuerpo. El placer se transformaba sólo en acto mental, cada cuerpo estaba velado por otros y lo que se podía retener era infinitivamente menor que el sentimiento inicial que los había puesto en estado de tensión. Pero la dulce bárbara extenuación no retrocedía.

La mujer no podía dominar tampoco las dimensiones de su cuarto después que él entraba y que él salía. El cuerpo de él absorbía la forma del cuarto y ella, echada en la cama, sólo lo veía a él, su carne resistente. No podía verse tampoco a sí misma. No se trataba de espejos ni de vidrios ni de la contemplación parcial de su cuerpo. Lo que no podía era representarse la totalidad de su cuerpo como cuerpo, ése era su otro leve tormento, la imposible totalidad de una forma que sentía objetiva, agudamente bella y viviente. La mirada era un acto inacabado que no podía tolerar los cuerpos y volverlos continuos. La ropa, además, cómo transmitir la ropa, hacer que ese exacto pliegue que ella acariciaba en su vestido fuera recibido con el mismo escandaloso pudor con que había sido descubierto. Cada prenda, cada objeto con su color y su caída, su estilización de la tela y la osamenta, cómo hacerlos partícipes, mantenerlos en el área enamorada de la piel y desprenderlos de ella sin que se perdiera el peso de

su toque. Sacarse la ropa era perder una parte del amor, que después de recobraba al vestirse bajo otra molicie, otro olor, otra adherencia. La desnudez contaba otra historia.

Hacía años que vivía sola. Sus miedos se habían desplazado; había dejado de sentir temor por los ruidos nocturnos, la escalera y el rumor de las paredes. Después que el hombre dejó de vivir en la casa los miedos se concentraron en amenazas más reales: encontrarlo en la calle, verlo sin que él la viera, intercambiar un saludo trivial, hablar como si se pudiera. Era por la aparición de esos miedos nuevos que podía caminar por la casa, de noche y desnuda, indiferente a los huecos de la escalera y a las pisadas sobre otras azoteas que resonaban en la suya.

Los recuerdos se rehacían al mismo tiempo exacto en que se deshacían. A veces no movía la cabeza de determinado modo para impedir que cierto recuerdo se hiciera presente y se agregara y quedara nuevamente pegado a su cuerpo (a veces la mujer se comportaba como si los recuerdos fueran objetos externos y otras se quedaba mirando el blanco de la pared entre dos cuadros pensando en cuánto demora en formarse la imagen persistente de un recuerdo y cuánto demora en irse y que nunca se puede estar en la seguridad de que el objeto no va a entrar de nuevo)

La casa de enfrente iba a ser reformada. Abrieron puertas y ventanas, de un camión bajaron tablones y vigas, apareció un hombre de aspecto eficiente. Desde su ventana ella pensó otra vez que ahora era su casa la que estaba enfrente, la casa donde vive una mujer, y tiene un vitral. Tal vez su casa desaparezca ahora que la de enfrente vuelve a ser ocupada: tal vez el teléfono deje de sonar, el cartero no deje más sobres por debajo de la puerta y la gente empiece a desvanecerse y no logre llegar hasta la puerta.

Una vez, viendo imágenes antiguas de Montevideo en una película, creyó que podría volver a sentirse en paz en esa ciudad. Aunque la ciudad era huidiza, igual la mujer se detenía a retener una ventana antigua, una escalinata, un café de la calle Millán parecido a los de Buenos Aires, las chapas que designaban las calles, los perfileres que ondulaban de las casas. ¿Acaso no estaban allí para ellos precisamente? La ciudad, estilizada por la imagen, le hacía creer que todavía algo existía y que había un lugar desconocido para ella y una historia para vivir.

El tiempo no alcanza. El tiempo es laxo aun cuando es intenso. El recuerdo del tiempo es inhóspito, hambreado. Lo que queda fuera del tiempo de amor es la extensión de la vida, la historia sin ellos, que sin embargo los incluye, impuros. Por eso se necesita un texto sin pausa y sin aliento, un texto sin tregua que remede este tiempo imposible del vilo, con otras maneras, otros tonos, tal vez sólo en apariencia contradictorios con la pasión que se busca fijar, doblemente agotador cuando se trata de construir con las palabras sus momentos de lujo, expansión y muerte.

Si cierra los ojos, puede contemplar el cuarto vacío. Sólo eso alcanza para que el cuarto deje de serlo. Ni siquiera se trata de alguna palabra pronunciada o de un abrazo reconstruido. Es sólo el aire del cuarto, su quietud hecha para quebrarse, su calma de objeto que va a ser desgarrada sin grandes tumultos. Alcanza un beso o una mirada o el gesto de la frente o la contemplación de un perfil. Conocerse estremece más que la novedad de otro cuerpo.

De pie frente al espejo, transpirada, la mujer mira sus pechos. Piensa que puede imaginar el suicidio de una mujer, de cualquier mujer. También a los diecinueve años sufría ese sentimiento de pri-

vación y pertenencia. La curva de silencio alrededor, la representación del vacío. Como si la imagen no se bastara a sí misma y siempre necesitara del otro para existir con su propia realidad, una nueva o segunda objetividad. Ese pensamiento la perturbaba con su presencia de fantasma, de reverso, espejo que reflejaba la vida y su muerte. No hay novedad. Pero los objetos siguen cambiando cada estación sin que ninguna mano los toque, los apruebe. Los hermosos vestidos degollados siguen colgados. Por eso a veces no se reconoce el cuarto donde se duerme, que reaparece durante el sueño en fragmentos y paredes entrecortadas, mostrando las caras ajenas de las cosas diurnas desordenadas por la ausencia de la mano que otorga reconocimiento y permite que la noche sea noche.

Lo que no cambia es la entrada a una cara, entrar a un cuerpo por una cara, un detalle, apenas la curva de un labio o la libertad de la implantación del pelo. No cambia esa frontera, límite y camino, estructura primaria del embeleso, doble engaño que nos hace poseer la cara, creer que forma parte de la nuestra con su materialidad impenetrable. Entrar por una cara y agotar su contemplación. Puede llevar años, extensos días repetidos, abarcar una cara en la que está depositado el sentido del espacio que nos contiene, anhelantes e incapaces de vencer la sorpresa de ser otros, de no integrar la cara. Puede llevar años lo que cada uno entrega con el amor y no sabe que después va a ser medido como la vida entera, la vida entera de esa parte de la vida. Ella no sabía que iba a ignorar que entregaba la infancia, los olores, los nimios recuerdos, las líneas obsesivas de la cabeza. Ignoraba que iba a entregar el secreto de lo que ella era y desconocía y sólo él podía reconstruir, mostrándoselo. El día que comprobaron que el secreto había sido entregado fue cuando quedó enunciado en toda su soledad, interpuesto entre los dos como si fuera

algo menos que la vida. Como si fuera anécdota, cosa fútil intercambiable, asunto que se puede contar. Cuando eso sucedió el amor ya se había situado, como un pájaro, en algún rincón desde el cual los contemplaba y era contemplado. Y sólo porque se mostraba distante en un rincón se podía mirar el secreto, verlo como secreto y medir el amor como la vida. Algo de lo inviolable, presente en la preservación del deseo, lo asustaba a él y la dejaba agotada a ella. Aun antes que los límites del amor se confundieran con los del deseo, lo que para ella era inviolable quedó suspendido en el aire del cuarto y no se modificó. El hombre no podía tolerar ningún acercamiento a eso que, con cautela, con displicencia, llamaron sagrado. El amor desproporcionaba la vida, el amor era un sentimiento vasto, vago e indefinible y sin embargo carnoso, perteneciente al mundo físico y a la esclavitud inmaterial de la cabeza, algo mayor o diferente a su nombre pero restringido a ser lo que nombramos y reconocemos entre todos.

La bailarina que no baila, la nadadora que no nada, la ciclista que no pedalea. Moverse en el espacio, abrir la superficie del agua, penetrar distancias son aprendizajes fuera de la intimidad y ella sólo sabe desplegar su cuerpo en la cámara pequeña, cerrada y prieta de los cuartos. Su cara cambia entonces; él afirma que a ella se le transforma la cara bajo el abrazo de su cuerpo. Que la cara retrocede hacia una forma pura y distendida, hacia la infancia lisa, despejada, deslumbrada por los músculos en propagación. Porque hubo un tiempo en que él amaba la niñez de ella, algo que no había crecido y que estaba bien que fuera así, chico, vulnerable, pidiendo. Tal vez por esa costumbre de creer es que años después ella todavía contempla sus piernas y piensa que necesita que alguien mire y ame su vida y sus rodillas. Comprende, sin distinguir los motivos, que hay alguna relación entre la exigencia de sus rodillas y la dificultad de abarcar el

cuerpo de él con sus caricias. Algo vincula el cuarto con forma de cuerpo masculino a su silenciosa observación de la soledad de las piernas (Es imposible incorporar los silencios al texto, los largos silencios de la intimidad y de la intemperie posterior, otorgarle la palabra a cada uno, su turno y su mirada para que se examinen entre sí, se aprueben en las diferencias, no se exterminen al fundirse en la analogía, se toleren como otros. Permitir que sea él el que diga “yo amaba su niñez, pensaba que había algo todavía de la infancia para cuidar en ella”, que lo diga él y no que lo absorba o distribuya el texto, un texto que ignora la veracidad de los pensamientos del hombre. Permitirlo sin la trivialidad de la anécdota. Ella diría, por ejemplo: “Diariamente mi cuerpo se prepara para sí, adquiere una fugaz sensación de cada fragmento, es fugaz pero intensa, un poco distraída pero sistemática; un cuerpo se baña o transpira o se expone a la luz o se tapa con una manta o se quiebra arrollado en un sillón o se estira y modula bajo algunos sonidos: los objetos lo tocan y tientan su privacidad, lo colocan frente a los demás; el cuerpo no se ve pero se devora en cada gesto y en cada broche de pelo. De noche, la operación inversa, un desnudamiento mayor que el de quitarse la ropa y ver sobre la cómoda los objetos del pequeño amor. El olor del cuerpo, que crece a partir de las seis de la tarde, implanta sus raíces en la piel profunda, la carne sola. Olerse es un castigo, una renuncia. Los cuerpos son interiores”)

Destruyeron lo que había con una especie de distracción. Pero al comienzo, el primer día que se conocieron, él llegó y echo su saco encima del saco de ella. Ella miró para otro lado, asustada y con una angustia premonitoria por la delicia de los desastres. El gesto de posesión de la ropa entre sí, la naturalidad de ese abrazo fue tan elocuente en el principio como en el desarrollo de la historia posterior.

Las adherencias nunca pudieron arrancarse. Tal vez por eso hay un texto sonámbulo escrito sin los dos que vaga entre objetos y ropa, libros y cuadros, cuerpos desnudados por el deseo de mirar adentro, palabras en voz baja y gestos de devoción. Un texto sonámbulo traicionado por las circunstancias de la ropa y el desafío de los cuerpos ajenos, las palabras, los gestos y la devoción misma.

Ella lo inventó todo. La objetividad de los hechos y su resonancia, la existencia real de los cuerpos y el deseo y su miedo. Inventó al amor a la sonrisa de él y a las imperfecciones de su cara y a la fuerza de sus piernas. Creyó que la invención lo dejaba fijado, establecía la permanencia y borroneaba los límites entre ambos. Creyó que si levantaba un brazo así o movía de cierta manera la cabeza todo se restablecía, como salido de un trance de momentáneo olvido. Porque el brazo y el movimiento de la cabeza llamaban a otra hipnosis y eso era lo único que existía en medio de la barroca retórica de los cuerpos de otros. Ese gesto, ese asentimiento, esa luz, el vicio de esa voz. Pero él era un sueño soñado por ella en voz alta. Sólo sucede lo que se cuenta. Sólo pasa lo que se puede contar. Un encuentro es lo que queda de él en el recuerdo que lo reconstruye, lo selecciona, lo mata. No era su presencia real e inmediata y separada de ella lo que la perturbaba. Era el relato interior de la historia vivida y cancelada lo que destruía su vida.

Cuando viajaban, los hoteles se convertían en extraños escenarios de despersonalización. El olor de los cuartos de los hoteles iguala los vacíos y las vidas. Cada cuerpo perdía su biografía y una libertad ciega y sin nervio los penetraba. Todo sin tocar, sin uso visible; sin embargo, todo tocado, alterado por otros. Sábanas, cortinas y espejos dispuestos a recibirlos sin amor, no antes, no después, en el aire de un adentro donde aparentemente no se trastornan las vidas y sus

historias, donde pueden vivir tranquilos y secretos los cuerpos. Si alguien los observa sólo percibe movimientos en escaleras o ascensores, llaves, alfombras, sillones a veces ingleses, una vida diseñada por la línea suave y monótona del perímetro del cuarto y sus pasillos. Hay un espejo, transparente de vultros que no han huido, que a veces se muestra empañado y tenso, único testigo imperfecto de lo que no se ve, la parte de locura de adentro del perímetro, la superficie densa y hambrienta de los interiores cerrados.

Una vez, en un viaje que hizo sola, ya separados los dos, un hombre en el hotel le dijo que cuando la vio en el aeropuerto, entre toda la gente, pensó que tenía que ir y tocarla. Se lo dijo una noche en que ella cumplía años y estaba lejos y ausente. A lo largo de los días, entre el desayuno y los paseos por la ciudad, el hombre se había acercado con absoluta tranquilidad, sin ningún apuro. A la mujer le resultó tan llamativa su serenidad que dejó que la noche de su cumpleaños cenaran juntos y con otros y después, en un malecón de verano, la besara porque era una mujer que había que tocar, un cuerpo suave y henchido que había que acariciar sin invadirlo, como hizo con una dedicación que después ella recordaba sorprendida. La mujer no pudo responder frente a ese hombre, aquella vez, afectada todavía por la distante presencia de él en Montevideo.

Cuánta destrucción hay contenida en cada día de un amor; la sensualidad renace de su propio agotamiento y el amor, recordado, es más potente que el acto. Memorizada, la intimidad le permitía a ella reconocer que sólo a través del leve o espeso sufrimiento tocaba su propio corazón y que tal vez era eso lo que el hombre del hotel había querido tocar cuando la acariciaba sin exigencias. Pero el sufrimiento ofrece disfraces, máscaras calmas y cotidianas. Inclínala leyendo

ella siente la curva de sus pechos. Se da cuenta que como una primera naturaleza inarrancable está la sosegada sensación de su cuerpo. Puede reconocer sus vértebras al inclinarse y percibir, sin que participe la mirada, la línea de tersura de su tórax y la pelvis móvil, su eje de rotación. Sintiendo su cuerpo así, levemente, percibe también lo perdido adentro, un sonido extraviado, un pensamiento inconducente que por eso no se puede pensar. Levanta los ojos del libro y se dice que los lugares están vivos y que saltan impacientes hacia sus cavidades, reclamando ser vividos y ocupados por los cuerpos de ambos. Pero el sonido extraviado persiste como una pequeña pieza, una miniatura del amor irreconstruible. Comprender es más difícil que negar.

Cada vez, él le robaba algo. La miniatura del amor, la clave de su mecanismo, las pequeñas agujas del tiempo íntimo. Ella necesitaba, entonces, salir de la casa, sentarse en un café y mirar lo robado, examinarlo con la distancia que ofrece un lugar ajeno y público, que lo vuelve tolerable, secretamente custodiado. Nunca llegaba a darse cuenta de qué era exactamente lo sustraído, pero algo se empequeñecía cuando creía crecer, algo agrandaba su presencia hasta quebrarse. Desde la mesa del café observaba las caras de las otras mujeres para ver si algo en ellas registraba una pérdida análoga. Los hombres siempre parecían enteros. Sólo las mujeres arriesgaban cierta sinceridad involuntaria detrás de la tela de los gestos. Se veía a sí misma, mirando. Pensaba en el súbito hundimiento de su ojera, en la marca al costado de la boca, su secreto de pérdida, el lugar extraviado entre todas. Asistir a la desaparición del amor adentro de ella era lo que menos toleraba; pensaba en el robo pero también en la defeción de sus propios sentimientos encadenados. Las cosas desaparecían antes de ser comprendidas. Por eso había un ansia de

muerte en cada caricia, que buscaba aniquilar cada tacto para dar su lugar a la próxima caricia. Hay un lapso imperceptible en el que se pasa de un estado a otro: cada palabra suena diversa en ese espacio, dicha por la misma voz en circunstancias de realidad y desvarío. Las palabras se vuelven homicidas y la moral de las caricias desaparece. Crece el amor por las imperfecciones y las historias contables se vuelven fútiles. Sólo importa la historia quieta, la historia donde los cuerpos no son libres, abrumados de memoria por la imaginación y el pasado. Como fetiches remotos, venidos de una cultura sensual arcaica, cuentan su historia fija, que parece a veces hecha de hologramas, proyecciones del deseo del otro. Se pueden rodear, esos cuerpos, pero desaparecen al tocarlos; al traspasarlos con la mano se desvanecen; podemos mirarlos y dar vueltas alrededor, pero no nos fundiremos con ellos.

Durante meses, al principio, se contaron la historia de ellos mismo, la historia entre los dos, en una especie de fiebre a veces tranquila que buscaba volver a vivir el encuentro. No se cansaban de contársela el uno al otro, aunque muchas veces se reían de las reiteraciones y más que nada de la insistencia en seguir contándola, repitiendo con las palabras la primera ceguera. Él la describía a ella y ella lo describía a él, y ese tramo breve pero profundo llegó a tener incansables modulaciones, no se gastaba a pesar de ser repetido, era escuchado con atención y con sorpresa. Hasta que se aquietó, en algún momento. Sólo volvió a ser recordado muchos años después, cuando el amor se había retirado a mirarlos a ellos.

La historia quieta alcanzaba su más pura definición algunas noches, mientras dormían y algo en el sueño de cada uno se convertía en el sueño de los dos y empujaba los cuerpos, que entonces se buscaban en un estado descarnado, desprendido de las señales de

la conciencia. No sabían bien dónde estaban ni quiénes eran, no se reconocían, les costaba identificar sus propios nombres cuando las voces buscaban apoyarse en una palabra de este mundo, y hacían el amor como si estuvieran liberados de la vida. Pero también había mañanas en que alguno de los dos se despertaba de un sueño angustioso en el que había sido abandonado por el otro. Ambos quedaban agazapados de soledad, tan fuerte era lo soñado, tan grave el estado de la vigilia en el que sobrevivía el mensaje del sueño. Los sueños de rechazo y abandono se sucedían alternativamente; unas veces era él, otras era ella, y volver desde adentro del sueño hacia la claridad de la cama bajo el sol de la ventana parecía un viaje larguísimo en el que ninguno de los dos podía restañar las heridas del otro, sufridas en lo oscuro, que chocaban y se peleaban con la realidad diurna. Por varias horas se evitaban, como enemigos, como dobles de sí mismos; a veces se reclamaban apasionadamente no ser esos de lo oscuro y lo desgarrado, pero el sentimiento, trasvasado de un sueño a otro, era más potente que la luz de la mañana, tenía su propia ley y su propia sensación de realidad, y no se perdonaban el haberlo soñado. Otras veces, dormir les reservaba sensaciones más difusas. Ella se despertaba en medio de la noche sin saber quién era el que dormía a su lado, ese bulto compacto que respiraba y vivía. Con los años, la mujer evocó esos estados del vilo nocturno como anuncios o señales del futuro que los perseguiría y que los iba a mantener durante tantos años separados y extraños adentro del mismo espacio de tiempo.

Porque él necesitaba hacer otra historia separada de ella, contársela a sí mismo, verse desde afuera de los dos. Él era otro. Ella demoró años en comprender que él era otro, siempre, y que el derecho de su cuerpo no la concernía. Demoró años en comprender que si él

era otro entonces era un extraño que andaba con su cuerpo por la ciudad y que no necesitaba la duración cotidiana de ella para establecer la suya. Los dos ocupaban el mismo tiempo, pero separados, con sus gestos y sus movimientos referidos a otros. Aceptar esa imagen, volverla real, llegó a provocar un sufrimiento que incineró a la mujer. Para soportar ese tiempo, a veces bailaba sola. No era exactamente un baile, aunque había música y movimientos. Lo que hacía era probar sus respuestas frente al ritmo de la música y volvía a comprobar que, como en los tiempos en que juntos estaban horas escuchando jazz, nunca podía superar la tentación de abandonar el ritmo y seguir la melodía. Le parecía natural esa torsión; por eso nacían extraños gestos y una voluntad de comerse el espacio. (Tal vez su vida era producto de esa dificultad o de ese ritmo falso o de ese arrasamiento de las melodías). Mientras tanto el hombre hablaba de la soledad de la mujer. No sabía de qué hablaba. Creía que se trataba del hábito recobrado, de la recuperación de un espacio autónomo adentro de la casa sola. No imaginaba los innumerables lazos que iban dejando de existir de a poco, mientras él hablaba de la soledad de la mujer.

Se odiaban pero no lo sabían, porque no conocían ese sentimiento referido a ellos. Lo confundían con el dolor y hasta con el amor, porque también el odio necesitaba de la nostalgia, la cercanía y el contacto. Crecía el abrazo de la violencia y la ilación espasmódica del deseo no era ya contenida y calmada por el amor. Tratando de distinguir entre sentimientos confusos, para comprender la agresión de las emociones, la mujer intentó un día la explicación de lo que un cuerpo no deseado le provocaba, esa traición hacia la trama mil veces tejida y destejida del mundo de dos. Por ausencia, creía estar explicando el amor. Decía que ver a un hombre haciendo gestos y

caricias y mirándola desnuda sólo le proporcionaba una sensación de completo y calculado distanciamiento. De la pasión del otro observaba la gimnasia del arrebató, la evidencia de lo fisiológico. Los gestos del deseo le parecían una parodia de la verdad, porque la verdad estaba en otro cuerpo, en la familiaridad y conocimiento de otro tacto y de otro ritmo y de otra humedad. El hombre la escuchó pero no la comprendió.

La mujer se había enamorado muy temprano del torso de las camisas de los hombres. Acariciar el borde de las camisas entreabiertas de los hombres y frotar su cara contra el olor del verano, el latido de su movimiento, había sido un llamado remoto de la infancia, cumplida entre camisas que eran como la huella de un cuerpo, tan ligeras, tan vulnerables entre las manos. Antes que el tiempo de la infancia avanzara demasiado ella ya quería saber qué cosa había contenida en las ropas y en las melodías de los años cincuenta, qué raras cantidades de ingenuidad y rebeldía había en esas camisas y sus canciones sensuales y primitivas, expuestas al calor en las plazas y en los barrios arbolados de aquel Montevideo. Había llenado su cuerpo con demandas que venían de lejos, atravesaban el cuerpo de él y la dejaban sola y expuesta. La necesidad de confirmar su existencia a través de la mirada de él se volvió, durante algunos años apretados, un deseo desesperado. Que alguien aceptara su vida, sus rodillas, él. Cuando empezó el sufrimiento, el hombre se echaba en un rincón, con un dolor rudo y silencioso del que entraba y salía, al que podía momentáneamente olvidar. A ella se le fue volviendo cada vez más lejano el goce de las cosas mínimas. Ahora el dolor mandaba y los años se congelaron. El entraba y salía del dolor pero ella nunca pudo saber cuándo él era realmente él. La destrucción fue completa. Alteró

los recuerdos. No conservó ningún gesto ni palabra del pasado. Comprometió las calles y los objetos, que se volvieron amenazantes porque él estaba entre ellos sin ella. El tiempo desaparecía y a la vez no se movía. El cuerpo en la cama dormía en diagonal y cada mañana debía interrogarse sobre su nombre. Comer era superfluo. Él se había convertido en él.

La mujer pensó muchas veces en escribir sobre los dos. (Y lo hizo, pero en cartas que le envió de un cuarto al otro y que él leyó una sola vez y todas juntas, atónito ante la asimetría de sus sentimientos confusos y la densidad del sufrimiento de la mujer. Nunca se llevó las cartas, que quedaron en el mismo lugar, como si no hubieran sido escritas, enviadas, leídas y colocadas en la vida) Pero el amor y el odio le impedían escribir algo mayor o menos inmediato que una carta (la escritura la hería, la arrastraba) y pensaba que sólo cuando llegara la abstinencia podía empezar a hacerlo, desde un estado que no los contuviera. Escribir era un homenaje, un rescate, un mirar y conservar, y no escribía, dejaba que la historia siguiera siendo confusión sin discernimiento, herida pura inexpresada. Algunos años después se daría cuenta de que escribir podía ser también una forma de crimen en defensa propia.

Como no podía escribir se ponía a imaginar objetos que estuvieran en la realidad próxima, que se pudieran construir como cuerpo, especies de tapiz y escultura que colgaría de las paredes de su cuarto. Objetos inmediatos, reales en su posición en el espacio, sin palabras, sin ideas, sin respuestas, sin sinceridad. Pero sólo los imaginaba, mascarones al frente de la proa de su cuarto. Había empezado a crecer el miedo por los contornos de su osamenta. Sola en la casa, conteniendo un único pensamiento aniquilador, se decía que

seguiría viva mientras un hilo de palabras quedara tendido hacia alguien. Pero el silencio diario de la casa era mayor que cualquier quieto lago de palabras, que el saludo amable de la mujer del pan, mucho más profundo que las palabras elementales que ella quería conservar de la gente para protegerse. A veces, por la tarde, sentía el olor de su sexo, una emanación tibia de calor apretado dentro. Se inclinaba y lo olía para reconocerse. Trataba de recordar otros olores, el de los sexos de ambos que persistía en el cuarto durante unas horas. Trataba de recordar la belleza, pero de tan lejana se volvía luctuosa. El placer recordado adquirió también el signo de la muerte, porque la memoria lo traía amenazado por el presente.

En la penumbra de su cuarto podía ver las marcas de su cara, ocultas generalmente por la luz, los gestos y el movimiento de la vida. Era su cara futura la que veía en el espejo biselado, la cara de la penumbra. El amor de los sobrevivientes, el amor de los torturados, se decía hacia adentro, frente al espejo, mientras se pasaba la crema por el contorno de los ojos. Conoce el funcionamiento de sus bronquios y también la manera de apoyar el pie cuando él camina. Conoce su cara como si fuera la cara que ignora de sí misma, conoce su cara que es la boca del cuerpo y que alguna vez empezará a olvidar en su precisión, recuerda haber dormido una noche entera con las caras juntas, apenas tocándose, sin peso, sin cambiar de posición, sin alterar la cercanía. El amor de los sobrevivientes. Un amor reduce a sí mismo la mitología de los amores anteriores. Como un caníbal, se come los recuerdos de otros, las pequeñas leyendas y aún reduce también las grandes anteriores ausencias doloridas. (Sin embargo, un cuerpo desconocido anda por ahí, y no es él, es otro de alguien. Ella no lo sabe aunque lo desea vagamente. Ella no sabe que lo desea)

Qué es lo que se quiere poseer de la belleza de otro. La belleza, aposentada entre los dos como si no fueran ellos mismos, era testigo de la larga paciencia siniestra de la mujer en el amor. La belleza, atacada por los recuerdos, diariamente liberaba cápsulas tóxicas sobre sus cuerpos separados. La belleza, robada, mostraba finalmente la ironía: que la devoción de los inicios mantenía una simetría perversa con la intensidad contradictoria de los finales (Ya no lo quería aunque aún seguía adentro de ella. De pronto se acordaba de algo, la nuca, o de cuando mirar era mirarse con toda la cara, como si no tuvieran ojos. Se decía que todo es posible al mismo tiempo, querer a alguien y no soportarlo, desaparecer de la vida sin grandes maneras)

No se atrevían a matarse entre sí, pero lo hacían su saberlo en el acto del amor que no les devolvía nada después del lujo del deseo. Esa manera de juntarse en el cuarto acuático, la puerta se cerraba, la luz bajaba, las ventanas parecían lacrarse y una sucesión de mundos extraños y desapegados se metía entre los dos. Se exprimían, se hablaban en una agitación lenta, se miraban mirarse, buscaban las caricias con placer y terror, los cuerpos y las cabezas estaban otra vez ahí juntos, había que amarlos y saquearlos antes de volver a separarse. Después, la mujer luchaba a solas, braceaba en el silencio del cuarto para preservar el recuerdo vivo de su historia entera, invadida por la de él, devorada en el acto del recuerdo por el presente destructor. La muerte presente en el amor abría otra historia, la historia marginal del placer que no permitía distinguir entre la verdad de antes y la nueva verdad de ahora. Se traicionaban consigo mismos, comportándose como otros, alejando las tenues aproximaciones, el deseo de conocimiento, la esperanza de pasión y de paz, la ilusión de la entrega. Los restos de la mirada de él le impedían verse a ella.

Al renunciar a la historia pasada él había cancelado también la imagen que ella tenía de ella. La imperfección de esa clausura, extendida en años, impidió que el corte y relieve de esa nueva imagen que la negaba se construyera con alguna precisión. Había que construir una negación. Ella se sentía despedazada entre tantas representaciones que él rechazaba y amaba a la vez. (La imagen del despedazamiento tenía también un valor de sensualidad y contradicción porque así, como despedazado, sentía el cuerpo cuando la penetraba desde atrás y no podían mirarse y eran una unidad animal)

A veces, ella dormía con la mano embebida en su sexo solo, una impregnación caliente y generosa que sellaba la figura formada en la cama, terminaba de delinearla como si su cuerpo fuera un perímetro sin anécdotas que empezaba y terminaba en la mano adentro. El cuerpo sellado, la mano lacrada.

A veces su soledad se calmaba. Entonces podía permitirse el pensamiento de que ya nada más le iba a pasar, que la clausura había llegado. Mirando por la ventanilla de un ómnibus podía dejar venir ese pensamiento calmo; a su alrededor había gente, afuera estaba el sol, apoyada en su mano iba su propia cara, la suya, que no se podía cambiar ni intercambiar. Recordaba entonces, con condescendencia, sus instintos adolescentes por la soledad, los días de lluvia y las calles abandonadas del Prado. Se sonreía ante la fantasía del pasado. La soledad del amor último en la más pura y real y se convierte en la única.

A veces, quería tener recuerdos de un hombre con otro pasado, otros amores, otros libros y errores. Tal vez ese otro hombre hubiera evitado la sensación reiterada de que una mano había entrado por la ventana desbaratando la casa, de que alguien se había ido silenciosamente después del fragor, tirando las sillas al pasar, sin darse

cuenta, y dejando los objetos tambaleantes suspendidos sobre los muebles.

Una noche la sorprendió el olor de su propio cuarto, un olor pequeño y suave, un olor sólo de ella y de su ropa, sin mezcla. Era una noche desasosegada de primavera, noche de gatos y perros callejeros. Las mujeres abandonadas, pensaba, se quedan a la intemperie adentro de sus casas. Los hombres muchas veces duermen abrazados a las mujeres que van a abandonar, esperando un gesto mágico que les impida irse, aguardando que la tranquila reproducción de la vida continúe y los arrastre. No debe extrañar entonces que al final de las palabras cotidianas, o entre una pausa y otra, alguna mujer no admita la pausa siguiente, se niegue a esperar la sucesión de palabras sostenedoras y haga un radical gesto de prescindencia (Hay timbres que suenan en la noche y sólo las mujeres escuchan) Cerrando la puerta y mientras se desnudaba se dio cuenta de que como en la niñez jugaba con su propio cuerpo, se devolvía su propia imagen, armaba su escenario vacío. Sentada en una silla sacándose las medias pensaba en el destino de cada gesto y de cada palabra. Qué sabemos, qué sabemos del destino ulterior en la caja de la memoria. Con curiosidad reparaba en que los inicios del amor se parecen a los de la maternidad. Se vive, se va entre las cosas y no se sabe lo que se está formando en ese espacio que los contiene a ambos al mismo tiempo que los separa. Los cuerpos se despegan, se desapegan, se alejan un poco para verse y reconocerse como ellos mismos, a veces vuelven corriendo esperando encontrar el volumen identificador, otras aumentan un poco más la distancia en un juego perverso y amoroso que prepara el regreso precipitado hacia el cuerpo separado. Se vive atado a la imagen que el lapso del recuerdo debe mantener en pie mientras los cuerpos no están allí.

Esa noche, inclinada para poner un disco, se golpeó bruscamente la cabeza en el momento en que se incorporaba sin respirar, en espera de la molición de la música. Echada en la cama lloró con toda su voz mientras sonaba la música. Lloraba apasionadamente, con verdad y también con virtuosismo, como si fuera un ejercicio de desmesura que recién ahora tenía oportunidad de practicar así, un ejercicio de la boca y de los pies, que hacía que su cuerpo se agigantara y se volviera más real. Lloraba hacia atrás pero también hacia adelante, al unísono por el futuro y la pérdida, por la reiniciación de la seducción, la lenta aproximación por venir, la repetición del encuentro en el que iban a ser desconocidos entre ellos o con otros, libres de sí mismos, atados al peligro, no obstante, de reconocerse parcialmente mezclando los tiempos. El pasado amor era el amor futuro y a pesar de que ella creía no quererlo ya, no quería que el amor de ambos recomenzara sin ellos. El gesto de volver a entrar no había acabado todavía. (Enfrente se había estacionado un antiguo Morris destartado e inmóvil y adentro vivía y dormía un hombre. Ella lo observaba todas las mañanas y sobre todo los domingos)

Escribirlo, escribirlo y convertirlo en pasado, un golem de papel portador de la vida y de la destrucción. Realizar el homenaje negador. Hablar sin pedir, que hablar no sea pedir, la humillación de hablar y no ser comprendida, reunir lo recordado en una forma que recree la continuidad, lo que en la vida no se percibió mientras era vivido. Exterminarse sin destrucción y seguir vivos. La mujer quedó abandonada a un tiempo si expresión. Cada día, en algún momento, pedía sacarse de adentro al otro, al anterior, el que estuvo y respondió y después se había convertido en el de después. Ensimismada en ese doble movimiento simultáneo, sabía que no debía acercarse a ningún hombre, no debía producir nuevos recuerdos, nuevo conocimiento.

Cada amor la había dejado abstraída, a solas por largo tiempo. Esa situación se extendía a la casa que la contenía. Nunca vivió en esa casa, nunca bajo esa escalera para abrir esa puerta y salir y volver a entrar. La casa nunca fue vivida, su cuerpo mismo nunca fue tocado, ambos tienen solamente la enferma levedad de lo que no se posee. Era como ver en una película la cocina de una familia de Berlín años treinta y creer desde el otro lado que hemos estado en ella, un Titanic reencontrado. Pero la negación se miraba también a través de su reverso y entonces era como si pudiera recordar cada día de esos años, bloques de un solo día continuo en los que el ruido del motor de la heladera le hacía temer que la casa estallara y desapareciera.

El sabor de la ciruela, por ejemplo. Cuando se muerde se traspasa primero la piel ácida y lisa de la cáscara, después la pulpa dulcísima, al final la aspereza nuevamente ácida del carozo. Todo simultáneamente. Como buscar inadvertidamente el nombre de él en los titulares que anuncian muerte y accidentes. Como ser una niña y traducir canciones sentimentales palabra a palabra, y al tratar de entender el sentido global toparse con frases ortopédicas que sin embargo quedan pegadas a la húmeda emoción de la lengua original. Como comunicarse en un alfabeto cirílico en el que el ilusionismo de ciertos signos hace creer que se dice “n” o se deletrea “p”, para creer que se lee y que se comprenden al menos los signos y en realidad hemos quedado afuera, frente a un escenario de señales inaprehensibles. Después del amor continuo adentro de la casa, sólo podían relacionarse en un lenguaje clandestino, un intercambio intenso y fragmentado donde no se ponía en duda el conjunto de un amor paralizado al que entorpecían frases intraducibles, signos ilusorios que cada uno percibía según un idioma que el otro no poseía.

A cierta altura empezaron a enfermarse. Cada vez que se veían por casualidad o sospechaban que corrían el riesgo de encontrarse, cada uno se replegaba o emitía un llamado o un rechazo desde el estómago, el diafragma. Ella, por ejemplo, se golpeaba sin darse cuenta las piernas contra las esquinas de la cama. Su cuarto era pequeño y se había ido adaptando de a poco a contener un solo cuerpo en su espacio luminoso (Él había sido expulsado del cuarto sin saber bien cómo. Una mañana se dio cuenta de que ya no quedaba nada de él, que su recuerdo había sido desalojado del ropero. Hasta llegó a pensar que nunca había entrado en él y observó su ropa independiente, tranquila en su soledad. Los vestidos colgados estaban en paz. Ningún leve, amenazante jadeo, salía ya de ellos) A él se le cerraba la garganta antes o después de verla. Cuando la mujer reparaba en los moretones azules de sus piernas quedaba sorprendida, porque así pero más parejamente golpeadas fueron sus piernas de niña de veredas de muros y plazas. Frente a los moretones del desasosiego, vagamente emparentados con los machucones infantiles, le venía un pensamiento súbito. Sin un hombre que depositara un pensamiento de amor sobre su cabeza, la mujer decía en voz alta yo soy lo que hay y cuando se escuchaba las palabras parecían llenar el cuarto hasta la explosión.

Ella se había enamorado, como una niña, de la infancia de él. Había amado sus fotos y un saco de pana que todavía se conservaba guardado en el ropero, No podía comprender por qué quería de esa manera al niño de las fotos, que crecía de una a otra y a veces se parecía a él. Se dio cuenta así, por eso, un día, que había tocado un límite peligroso. Se había apoderado de un amor irrealizable, había aceptado sus fotos y sus piernas y sus pantalones y ahora no podía escapar de ese amor intacto en sus orígenes. Porque no se ama la

infancia de cualquier hombre. Sin embargo, en esos años se había atrevido a desear su muerte. Algunas semanas, en un período indefinible, anduvo con la angustia del homicida que no puede reencontrar el cadáver, que no puede volver al lugar del crimen, que perdió su muerto. Por esos días, cuando pasaba delante de una casa vacía, nueva, en arreglos, una casa a punto de ser vivida, pensaba que había que entrar en ella y hacer el amor allí, usurpar ese espacio viviente, llenarlo, no dejarlo solo. (Habían vuelto a cerrar la casa de enfrente después de los preparativos para su reforma. Tal vez porque estaba cancelada y abandonada el hombre del auto la había elegido para estacionar su carcasa, delante de su puerta cerrada. De noche se lo oía toser: de mañana, salir furtivamente hacia el jardín desde su coche con ventanillas de cartón y el techo perforado de humedad, donde en el verano, alguien había depositado una inesperada mitad de sandía reluciente)

La mujer sentía que su cuerpo se había hecho solo, que no tenía origen ni forma heredada de su madre ni de su padre. Un día se dio cuenta de que no recordaba cómo era su cuerpo desnudo diez años atrás. Dónde había estado, entonces, su sentimiento de cuerpo en amores anteriores, dónde había estado la lisura, cómo habían sido los huesos. Durante los años que vivieron juntos la fantasía de él era que ella un día iba a decir es hasta aquí y dándose vuelta se iba a ir. La de ella era la ausencia de fantasía sobre la ausencia de él (No imaginó un futuro que no lo contuviera. Tampoco, uno que la hiciera desaparecer ante sí misma) Sin embargo todos los días sentía su cuerpo como un volumen compacto, una energía inmóvil que contradecía el paso del tiempo. Se observaba desolada y alerta. Su carne era sólida. No entendía por qué continuaba una historia autónoma,

separada de la soledad y la introversión de su vida. Una plenitud diferida y sin destino. El cuerpo estaba ahí, su cuerpo seguía ahí. Las yemas de los dedos.

Un hombre miraba el hueco de la axila de la mujer. Antes, otro olisqueaba la emanación de su cuerpo; la mujer se asombra ante la respuesta autónoma de su cuerpo. Ese hombre no va a introducirse en su vida, sin embargo la piel juega, el pelo se mueve, el torso se despliega invisible. Porque un hombre la está mirando y a veces toca su brazo mientras habla, o se abstrae de las palabras mirando el color de su pelo sobre los hombros. Ella piensa en la yema de los dedos, sin trascendencia, sin hambre de amor (Pero ese llamado es su segunda naturaleza. Es tan visible que no se ve. Es estable y estático. No se nota demasiado su estremecimiento ni su aquietamiento. No se nota que ella quiere a veces incrustarse en el hueco de un cuello y un hombro, en un regazo masculino para la cabeza, la proximidad de las cabezas con sus cerebros y sus bocas, la camisa de un hombre)

Hablando se pierde el sentido. En lugar de hablar, tendrían que haberse sentado, un día, estáticos y mudos, recordando todo de golpe, o de pie en medio de una habitación, estáticos e invadidos, recordarlo todo sin perder un gesto, una palabra dicha, un breve detalle de todos esos años. Recordarlo todo de golpe como se contiene adentro un poema un cuento o una película que luego se evocan como una confesión, y después olvidarlos.

La soledad la avergonzaba, ahora. La belleza la avergonzaba. Dame algo, quiere decirle a alguien. Sabe que hay un sentimiento enterrado, difícil de destruir pero irreconstruible. Sabe que ese sentimiento sólo existe cuando piensa en el sentimiento, cuando no lo somete a la prueba de la realidad. Dame algo tú: si las palabras fueran

escuchadas el sentimiento volvería a cero, sin respuesta. (Supone que lo quiere porque lo quiso. Pero también sabe que no van a desaparecer en el amor a otros, que están disueltos en ellos mismos, fantasía o realidad) Dame algo: en la niña que jugaba en la vereda estaban guardados los futuros amores sin salida. Escucha una canción mientras prepara la comida. Escucha cantar sobre la esperanza de la esperanza y asiente con la cabeza, a solas con las verduras, pero al mismo tiempo piensa cómo es eso, la esperanza tiene una autonomía corporal, desconectada de la cabeza y contigua a las verduras suaves y sometidas por el cuchillo y la sartén. Prepara una comida, tiene una esperanza ignorada mientras prepara una comida, ese lapso, no más, ese rato carnal de la voz del canto. Mientras tanto, el sol del verano le provoca un leve escalofrío.

Había conocido, brevemente, a un extranjero extraño. La naturalidad del encuentro inesperado, su propia respuesta instintiva y sin preguntas, la sorprendieron después, cuando se puso a pensar en la historia, no mientras todo sucedía como algo incuestionable. Sometida al raso de caricias que no lo eran, sintió aquellos días que nada contenía a nadie, los cuerpos eran sólo carne medrosa o desafiante en medio del silencio de las palabras o apenas de su susurro autoritario. Sin embargo no había sensualidad sino algo más primario; como casi no había palabras la sensualidad se parecía a los movimientos de las presas de caza. El hombre inclinado la olía como un animal urgido y pasándole los dedos por las axilas del calor los chupaba mientras la miraba de lleno a la cara. El recuerdo del extranjero se superponía al de un muchacho demasiado joven que la miraba sin atreverse a mirarla. El muchacho la atisbaba de a poco luchando dignamente con su timidez y su deseo de mirarla enteramente. Ella se acordaba entonces de él y del tiempo transcurrido. La proximidad del

recuerdo de otros movía en ella el lago de la memoria con una puntada de dolor en la cabeza y así, frente al muchacho demasiado joven, se hacía presente, para interponer su fuerza ahora inmaterial, el abrazo torturado del extranjero, sus palabras escasas. Recordó una noche en que lo esperó y no llegó pero llamó cuando ya era tarde y ella había decidido no verlo ese día que terminaba. Había estado tendida en la cama de su hotel, vestida con una pollera y una blusa muy suaves, que sentía sobre su cuerpo como guantes flexibles. Era verano y otra ciudad -la ciudad de él, que con su hermosura antigua obliga a la felicidad-, y estuvo algún tiempo mirando televisión mientras iba sintiendo su cuerpo como una materia progresiva, una laguna aquietada del deseo de sí, una conciencia exacerbada de su forma. Se movía a veces para mirar la calle y el hotel de enfrente, los bulevares cercanos, la estatua, los cafés y la gente viviendo. Se movía para percibir mejor el contenido de su cuerpo, su modulada ansiedad. Mirándose en el reflejo de la ventana pensó que nunca antes se había sentido tan enteramente cuerpo a punto de deshacerse. El deseo era la tensión del deseo, que se deshace en el momento de ser tocado. (La música reconstruye a veces su paradójica inmaterialidad) No hay deseo sin ella, piensa, el deseo de los hombres es inconsistente si ella no responde. Para hacerlo, tiene que esperar la disolución de todas las imágenes que las palabras no pueden contener. Espera inhumana si se compara con el tiempo y el cuidado que hay que dedicarle a un recuerdo para que se forme y viva (La mujer es hermosa, los hombres la desean y ella piensa en la muerte)

La noche ventosa dibuja a veces el deseo de nadie. Es por la calle y distraídamente que el espesor de lo vivido aparece de pronto, cuando todo ya quedó atrás y está quebrado y desprendido hacia un aire que lo disuelve (La rambla sur por Reconquista hasta la escollera

es el fin del mundo) Las noches ventosas son traicioneras, echan sobre las personas algo que no puede llamarse nostalgia sino la precisión de lo vivido, fugazmente devuelto por el viento cálido, independiente del presente de los cuerpos. En alguna parte vive el deseo de nadie, con su tiempo propio que nadie habita ni visita. A veces él viene hacia nosotros, como un objeto no identificado que nos roza al volar, se nos pone delante y hace señales para que lo observemos. Y lo miramos y lo examinamos para que pueda irse otra vez; su destino es alejarse cada vez más para poder volver, esporádicamente, y tocarnos con su paso y comprobar que pertenece a nuestro mundo todavía, la precisión de lo vivido convertida en deseo de nadie. Como a los muertos, la muerte le impide envejecer; quedó fijado y reaparece juvenilmente, transformado por las versiones de cada circunstancia. Los recuerdos de lo muerto preservados de la muerte, para poder recomenzar bajo otro nombre.

La fatiga del cuerpo. Vestirse. Antes, bañarse, dedicarse a cada parte, detalle, como si no fueran a quedar adentro de nosotros mismos. Entre el toallón y la ropa, una distancia a veces infranqueable. La mujer la mira de pie en el duchero sin lluvia. Las cremas esperan. Los cepillos, los leves colores de la cara, su reconstrucción cotidiana. Esperan las pulseras y los anillos. El espejo del cuarto. Sin transición la calle y la gente. A cierta altura del día cada objeto y cada olor han perdido su sentido. Sacarse el vestido para dormir parece una renuncia al gesto de la vida, un gesto que se empequeñece en dos imágenes, la mesa de té los domingos o el encierro con un hombre para hacer el amor.

Cuando se dejaba mirar conservaba por algunas horas cada improbable emoción y se distraía con ellas, las resguardaba, las mantenía cerca, en el ámbito secreto del resplandor de su pelo, hasta que

la evocación se acababa. No había historia, no había qué conservar. Por eso es que un día se sentó y anotó los nombres de los hombres que se habían enamorado de ella o a los que ella había creído poder amar. Le pareció irrisorio estar ahí con una libretita, sintetizando su vida en algunos nombres que ofrecían una distante cronología de sus emociones. Pensó que cada pequeño universo erótico funciona por exclusión en el presente y en el futuro. No entendía, frente a algunos nombres, qué había tenido que ver ella con alguien que ahora era sólo eso, nombre, y cuyo poder de pasado se escapaba, se escapaba. Le parecía imprescindible poner los nombres en orden, organizarlos contra la dispersión. No sabía para qué. La cercanía del recuerdo del extranjero le hacía sentir que se había producido un arrasamiento nuevo, los recuerdos se habían descuajado pero no se había fundado otro mayor que el del gesto de posesión transitoria, un gesto largamente esperado por la mujer desde su infancia de camisas perfumadas y frotadas. Pero la naturalidad con que ella aceptó ese arrancamiento venía cargada de muerte, era un encuentro brusco entre dos desconocidos que debían robarse algo entre sí, despojarse de algo sin entregarlo, y seguir. Frente a los nombres, y también frente al robo, el robo antiguo y meditado y el arrasamiento reciente, las etapas salvajes de los inicios del desamor se convertían en materia enamorada, y la espera de nadie se reiniciaba, descar-gándose sobre el lomo del cuerpo como un animal sobre otro. (Después, por la noche, la espera queda agarrada al cuerpo, ya adentro de él, como una granada sin fuerza. Algo se retira en pausas violentas de la sangre. La sangre golpea dura y a veces un vacío la detiene para poder llegar al otro día. De noche recordaba su adolescencia, la temprana condena de la voz brasilera de Maysa, los tangos y los bo-

leros absurdos que volvían todo dramático e incomprensible. Con timidez decía en voz alta, para nadie, soy una mujer del pasado, y se reía de sí misma por querer a alguien que no existía ya ni todavía y escuchar aún los mismos tangos y boleros absurdos con una idéntica sensación de inminencia. El tiempo pasa pero no se mueve)

Un día, en un café, vio desde la ventana a un hombre que había conocido. Esperó con cierto exagerado temor que pasara sin verla, que no le echara encima la queja mascullada de años. El hombre mira a la mujer sentada en el café. Lleva lentes y cree que es la mujer del recuerdo, y lo es, y él no lo sabe pero la mira como si fuera otra que se le parece. Ella observa el sobresalto que sufre el hombre frente a su imagen y piensa que también para otros el tiempo pasa pero no se mueve y que no hay historia más injusta y negligente que la que sigue recordando uno solo. Entra una anciana llena de pulse-
ritas y collares de plástico, con una cadenita atada en el tobillo por encima de la media. Está vestida primorosamente, como debe haber soñado que había que vestirse, en la infancia, para ir entre la gente adornada y amada. La mujer se distrae, todos pasan en una rápida cámara lenta y ella se queda mirando a un muchacho que se parece a los muchachos que le gustaban cuando ella era adolescente y ellos inalcanzables. Sale a la calle y camina. Siente la ausencia alrededor, una ausencia tranquila. Ya no hay amor para desorganizar el mundo. Las huellas no quieren quedarse pero una frase soñada en medio de imágenes serenas de puertas y bicicletas le envuelve la cabeza y no quiere averiguar su sentido, sólo escucha la repetición de su ritmo oracular. Las palabras mataban, mataba todo lo no dicho y ya perdido de decir. (Llega a su casa, el auto de enfrente con el hombre inquilino ha desaparecido; sólo queda, para su asombro, una costra de tiempo sucio en el lugar del coche y un atado de ropa tirado en la vereda.

Hay un pedazo de espejo roto, un triángulo imperfecto de espejo entre las ropas del atado. El hombre del auto necesitaba verse, igual necesitaba verse, se dice) En su escritorio, limpia las lapiceras, la pluma delicada que hay que dejar descansar, pero no es descanso, es remar hacia el pasado como Gatsby, pero sin relato. Necesita el silencio para escucharse y empezar a escribir una historia sin relato. Piensa dónde se habrá metido el hombre macilento del auto de enfrente, que de pronto ha despejado el paisaje tantos meses oprimido por su mansa presencia sin demandas. Se levanta el pelo en una cola de caballo y se siente libre por un rato. El relato y la culpa. Siempre hay alguien que ha hecho algo a alguien. El mal de las caricias, por ejemplo. Las caravanas de rafia que la acercan a la muerte y a la belleza, caravanas del pasado lejanísimo, heredado. (Durante años compró inadvertidamente libros para él y dejó monedas en las latas de los músicos callejeros, un gesto maquinal) Mira el ángulo de una pared y llora un poco, sólo por ese hueco, no por otro en la pared. Ningún hombre puede hacerme sufrir más. He perdido eso.